

TOLOSA.



RECUERDOS DEL DIA DE SAN JUAN.

I.

En gratisima compañía, antes de amanecer, dirigímonos por el Antiguo, pasando por Lasarte, Andoain, Villabona é Irura, para plantarnos en Tolosa, resultando una de las expediciones más bellas que imaginarse puede.

A derecha é izquierda, como guardados cuidadosamente tras el tul de los ramajes, nótanse blancos caseríos, moradas aún de patriarcales gentes.

Salúdanos el crepúsculo, clareando lentamente el dia de San Juan. Labradores y muchachas avíanse á los prados y cortan ramos para con ellos decorar las ventanas y portales de sus casas, en honor al dia.

Los chicuelos cantan regocijados alegres coplas, impulsados por el dia del santo que se venera. Las *echeko-andres*, con colosales cestas sobre la cabeza, toman el camino del mercado, á la vez que desaparece la niebla que hasta hace poco nos envolvía.

Salúdase la gente que se cruza; y nosotros que atravesamos cubiertos bajo corpulentos y añosos chopos, somos iluminados por la luz del alba, que atraviesa paulatinamente por el rociado follaje.

A lo lejos óyense ya *irrintzis*, como señales preliminares de gran dia, los cuales mézclanse con el *arre!*, *arre!* de nuestro cochero. En este momento, para el coche que ocupamos y advertimos en un cristal

pintado de rojo la palabra PORTAZGO, que maldita la gracia que nos hizo.

Todo el camino que llevamos recorrido podria servir perfectamente como prototipo del paisaje euskaro, sublime como todo lo encantador y grandioso, como todo lo que hace sentir.

Altas montañas, bosques de encinas, robledales, manzanos, campesinos risueños á la vez que respetuosos, ermitas sobre pequeñas colinas, y como condensando este cuadro, serpentea graciosamente todos los valles el Oria, amenizado con el ruido de sus espumosas presas, refrescando dulcemente los hondas raíces de aquellos árboles.

Llegamos á Irura y el cochero, con excusa de que los jacos descansen un rato, aprovecha la ocasion para regalarse con un piscolabis.

Poco tiempo despues llegamos á Tolosa, capital de la antigua Guipúzcoa foral, y casi al mismo tiempo de nuestra entrada en la villa verificase el encierro de los toros que han de ser lidiados por la tarde; espectáculo ¿por qué no decirlo? que me causa verdadero pesar, y en el cual no se ven más que grandes reminiscencias del feroz y sangriento expoliarium.

II.

Tolosa, patria de Andía, de Idiaquez, de Iurreamendia, de Martin de Anchieta y de otros preclaros varones, conserva aún su casta pureza euskalduna, que en todos tiempos ha sido envidiada por gentes extrañas.

Los tolosanos se han echado desde muy temprano á la calle con objeto de recibir mejor á los forasteros que llegan, siendo esta la causa del alborozo que se nota.

Despues de una general ojeada, emprendo caminito de Ibarra, pueblecillo frecuentado por paisajistas de gran valía.

Verdaderamente el asunto es digno de que lo tratara ayer el primoroso pincel del pobre Casimiro Sainz, y hoy podria ser honrado por la fina paleta del ilustre paisista Martin Rico, que seguramente, si conociera este lugar, habia de aumentar el ya largo catálogo de sus incomparables obras.

Despues de haber saboreado á mis anchas estos artísticos detalles,

plagados de belleza, torné á Tolosa, con objeto de asistir á Misa Mayor, cuya capilla dirigia el maestro Gorriti, una de las legítimas glorias artísticas del país bascongado.

Asiste el Ayuntamiento en tradicional procesion, acompañado de maceros, tamborileros y alguaciles de golilla. Tal es la gravedad de todos ellos que cree uno remontarse á épocas pasadas, pues apenas se se dirige nadie palabra alguna.

La iglesia de Santa María de Tolosa, es sin disputa uno de los mejores templos de Guipúzcoa. Verdad que en materia de monumentos arquitectónicos no tenemos verdaderas riquezas. Sin embargo, dicha iglesia es digna de distincion por su construccion sólida a la par que suntuosa.

Sobre el pórtico hay un San Juan, bastante bien ejecutado, por más que la figura resulta en actitud un tanto falsa y teatral; hállase engalanada con guirnaldas de flores naturales y fué esculpida por Santiago Marsili.

La iglesia hallábase totalmente atestada, pues apenas pude avanzar cuatro pasos de la puerta.

De mi reducido lugar pude observar que se compone de tres naves, descansando sobre columnas pertenecientes al orden Dórico.

Sobre los altares que pude ver tambien, de refinado gusto, destáncanse bonitos capiteles Jónicos.

En las paredes existen cuadros, especie de *panneaux*, de regular ejecucion.

Se deja ver asimismo un lienzo representando la Asuncion de la Virgen, recomendable por su conjunto, pintado por D. Antonio Leandro de Zabala, profesor de dibujo que fué del Seminario de Vergara.

Fué restaurada esta iglesia por el conocido arquitecto D. Silvestre Perez, y consérvanse en ella algunas buenas esculturas, debidas al cincel de D. José Piquer.

Tolosa, por la tarde, cambia de aspecto; á duras penas se puede pasar por las calles sin tropiezos, transita un sinnúmero de personas, espérase la hora de la corrida, que por cierto, estuvo expuesta á que se *aguara*.

El carácter de los tolosanos es afable, noble y sencillo.

Tolosa ha sido cantada en distintas épocas por los poetas, y en nuestros días por D. Antonio Arzác, con el titulo *Tolosa-ri*.

He aquí una estrofa de la citada poesia:

Atzo eta gaur, gau eta egun
 Beti zaukazkit goguan,
 Beti! neretzat zaude ¡Tolosa!
 Gipuzkoako buruan;
 Buruan atzo, gure lengoko
 Lege santuen koruan,
 Buruan orain, lege ill aen
 Luze dijoan ¡proguan!

III.

Ya la noche nos cubre con su tenebroso manto, y en la misma gratisima compañía partimos camino de San Sebastian.

La risueña decoracion de la mañana ha cambiado totalmente.

No se ven blancos caseríos, y tampoco se aprecia la coloracion de los campos, ni la corpulencia de los chopos, ni el serpentear del Oria, ni el piar de los pájaros. Ya no son más que vagos recuerdos los sonrosados reflejos del diurno: hállase todo envuelto en la obscura gasa de un silencioso letargo; ya no se nota más que débilmente la arrogante silueta de ingente montaña. El rapazuelo que gritaba á la mañana, duerme sin pesares y rendido en su pequeño lecho; todo es calma; véanse lucecitas que se arrastran á los lados del camino, son gusanillos que parecen querer obsequiarnos con sus débiles chispas; óyense á lo lejos los últimos *irrintzis* á guisa de epilogo de fiesta; y todo quédase en pausado silencio, tan tranquilo, tan reposado, que apenas parece haber iluminado jamás aquellos valles la luz del dia.

Solo anima aquellos lugares el ruido que producen los cascabeles de los caballos.

Llegamos á San Sebastian, con todos los recuerdos de nuestros hermanos de Tolosa, á los cuales les saludo con el alma desde el *choko* de nuestra querida Donostia:

Agur tolosarrak, urren arte,
 Izan zagun beti osasuna,
 Legortu ez dediñ gure zañak
 Duten odol eder euskalduna.

FRANZISKO LOPEZ ALEN.

San Sebastian, 24 de Junio de 1891.

